

Sakubel k'in al jachwinik

La aurora lacandona

Edición tseltal-español



Lo'il k'op Cuento

Josías López Gómez

Sakubel k'in al jachwinik La aurora lacandona

Se terminó de imprimir en abril de 2005.
Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C.
Pedro Moreno N° 7 Barrio Santa Lucía
San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Mexico
Tipo de letra Familia Garamon 13,14 y 20
1000 ejemplares.

unemaz@yahoo.com.mx

Educación. Ha participado en diversos encuentros de escritores indígenas estatal y nacional. Tradujo al tseltal el Pow Wuj o Popol Vuh. Colaboró en la traducción al tseltal de **Los Acuerdos de San Andrés**, publicado por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, en 2003. Fue asesor lingüístico de las lenguas tseltal, tsotsil, ch'ol, tojolabal y zoque en el Proyecto de Elaboración de Gramáticas y Diccionarios de las Lenguas Indígenas de Chiapas, de la Dirección de Educación Indígena. Ha publicado varios artículos en la revista *Nuestra Sabiduría*, edición multilingüe. Cofundador y miembro activo de la Unidad de Escritores Mayas-Zoque. Actualmente es profesor bilingüe en la zona escolar 154, El Bebedero, Sabanilla, Chiapas.

ÍNDICE

Agradecimiento	
Presentación	i
Yantik be.....	1
Caminos separados.....	10
Te t'im winik.....	19
El hombre del arco.....	29
Maba lajenat.....	39
No estás muerto.....	56
Namey k'in al winik.....	74
El hombre primitivo.....	84
Tsajal jol ants.....	94
La mujer de pelos rubios.....	105
Salejel Bonampak.....	117
La derrota de Bonampak.....	126
Del autor.....	135



Sakubel k'inal jachwinik

La aurora lacandona

Josías López Gómez

© Sakubel k'inal jachwinik
La aurora lacandona

Derechos reservados

© Unidad de escritores Mayas-Zoques, A.C.
1ª edición 2005.

Coordinación Editorial: Armando Sánchez
Gómez y José Antonio Reyes Matamoros.

Fotografía de portada: de Gertrudy Dubi
Blom, donación del museo Na Bolom.

Consejo directivo de UNEMAZ:
Presidente: Armando Sánchez Gómez
Secretario: Nicolás Huet Bautista
Tesorero: Martín Gómez Ramírez

Agradecimientos

Este trabajo pretende ser un aporte a la literatura indígena contemporánea. Se ocupa de una sociedad poco conocida a través de algunas publicaciones: los mayas lacandones. En mi caso, la finalidad es dar a conocer su cultura, su cosmovisión a través de palabra escrita.

Sin encontrar las palabras adecuadas para expresar mi gratitud, quiero dejar constancia de agradecimiento a los mayas lacandones de la colonia San Javier, municipio de Ocosingo, Chiapas; de manera muy particular a los jóvenes: Pepé Chambor Yuk y Mario Chancayun Chambor, quienes pacientemente me enseñaron a comprender y estimar su cultura. Asimismo, estoy muy agradecido y conmovido por el apoyo que me brindó el maestro José Antonio Reyes Matamoros, *kaxlan winik*, con quien discutí largamente diversos aspectos literarios contenidos en el presente trabajo. Me alivia el corazón. Del mismo modo, aprecio la colaboración del profesor Armando Sánchez Gómez, *bats'il winik*, Presidente de la Unidad



de Escritores Mayas-Zoque, por sus horas de trabajo relacionados con el diseño y publicación del libro.

Por el financiamiento de esta publicación agradezco a la Comisión Nacional de Desarrollo de los Pueblos Indios de San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Y por último debo mostrar mi reconocimiento y agradecimiento al Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, por la beca que me concedió en su versión 2001–2002, para escritores en lenguas indígenas.

El ronroneo de los felinos,
el crepitar de las hojas secas,
el aullido de los saraguatos,
el chasquear de los labios del mico de noche,
anuncian el canto del amanecer.

Josías López Gómez.

Oxchuc, Chiapas, marzo del 2005.

Presentación

La aurora lacandona o seis cuentos que nos acercan al ritmo humano de la selva chiapaneca. Es este el plan de Josías López K'ana: la atemporalidad, el suceso y su ocurrencia en un aparente pasado lejano, pero en el desarrollo, en la composición, el aislamiento de los hombres de la selva nos integra a ese mundo poco conocido por sus cualidades narrativas. Situación que logra Josías por la limpieza literaria de la oralidad que el recogió en sus andares por la selva.

La narración oral es memoria social e histórica. El hombre, a pesar de su plena integración al ambiente donde habita, desea distinguirse del mismo, darse la libertad de ser, encontrar autonomía del paisaje, agregar de su imaginación algunas de sus verdades propias, esenciales, es decir, humanas. Así, la oraliteratura brinca de sus escuchas a sus probables lectores cuando los símbolos hablados pasan a convertirse símbolos escritos, con las exigencias de la escrituración, de ese ejercicio donde la memoria empieza a perder ambigüedad y la herencia artística es evidente por la versión que permanecerá en un libro de aquella memoria e historia colectiva.

Josías López K'ana ubicó con transparencia su problema literario: trabajar cuanto le platicaron los mayas lacandones y ofrecer el mejor arreglo estético para transformar en cuento aquellas pláticas: y la narración gana en forma la esencialidad de lo narrado. Escuchar es una experiencia primordial para aprehender las contradicciones de lo escuchado.

Salvo en Caminos separados, los cinco cuentos restantes cumplen con una idea básica: mostrar el aislamiento, cercano o lejano, de los mayas lacandones, quizá quienes se adjudicaron esa pertenencia en la tardía migración del 1700 o, como en La derrota de Bonampak, alguna historia oral de quienes fueron los Lacandones originarios, brazo humano de los choles antiguos, exterminados durante la conquista de esos territorios.

En No estás muerto es el inframundo lacandón una alegoría de la propia selva, y hasta donde Josías asume el tratamiento, en esa selva mítica, a diferencia del inframundo de otras culturas, la naturaleza, los elementos que la componen le exigen al protagonista reparar el daño causado en su mundo real, y asumiendo esa responsabilidad, todo cuanto existe en la selva tiene una razón de equilibrio para sus habitantes humanos. Hay quienes han visto en estos tratamientos el consejo moral antes que la unidad hombre-tierra, quizá hoy más evidente, más necesaria, indispensable por la superexplotación de los recursos naturales, tan codiciados por las compañías de biotecnología.

Con La aurora lacandona Josías sienta un precedente muy importante: la recreación de un maya tseltal de la cosmogonía de los mayas lacandones. Los mayas chiapanecos recrearán por tanto intercambiarán opiniones e historia de su cosmogonía, de sus culturas. No es asunto menor, parte de la oralidad lacandona está escrita en alemán, sin su correspondiente traducción al español, menos aún al tseltal, tsotsil o chol.

Al presentar la versión tseltal, además del acto de elemental dignidad del idioma de Josías, se muestra también el oficio, la permanencia, la disciplina de un autor que no se conforma e incluso rechaza la autorreferencia para adjudicarse en su forma literaria los componentes de otra cultura.

Si en El ladrón de palabras (Espacio Cultural Jaime Sabines, 1999) Josías abordó parte de la mística tseltal, ahora reafirma esa cualidad suya de integrar la realidad espiritual de sus personajes, son estos elementos los que identifican la naturalidad de los tratamientos sin negar la fidelidad de lo narrado.

Josías López K'ana cuenta con la materia prima para emprender un trabajo de largo aliento, quizá una novela, quizá otra serie de cuentos donde el perfil de sus personajes, los ambientes, el lenguaje, sus inquietudes estéticas en los parámetros universales de la literatura, lo colocan como el escritor tseltal que unifica al hombre en sus esenciales coordenadas humanas en culturas poco conocidas para los lectores mexicanos.

La aurora despunta, el día y los colores de su luz nos llaman a conocer qué sucede en la selva, sea.

José Antonio Reyes Matamoros
Editor

Sakubel k'inal jachwinik

La aurora lacandona

A María Mérida Vázquez López

*admirable mujer,
educadora incansable.*

Josías López Gómez



Sm

ÍNDICE

Agradecimiento	
Presentación	i
Yantik be.....	1
Camino separados.....	10
Te t'im winik.....	19
El hombre del arco.....	29
Maba lajenat.....	39
No estás muerto.....	56
Namey k'inal winik.....	74
El hombre primitivo.....	84
Tsajal jol ants.....	94
La mujer de pelos rubios.....	105
Salejel Bonampak.....	117
La derrota de Bonampak.....	126
Del autor.....	135

Caminos separados

¿Es posible vender nuestra palabra, nuestra ceremonia, nuestro incensario de arcilla? Para nosotros es una idea mala. Cada jícara de *bajbe* que se bebe, cada puño de copal que se quema, cada canto que se entona, son gérmenes y abono de nuestra vida. Nadie es puro para revelar lo que sabe de estas cosas divinas. Es asunto delicado. Todos están protegidos, no puede ser pagado con nada.

Un día llegaron seres extraños por nuestras tierras, su piel era de otro color; traían fierros filosos y de fuego. Sus ojos parecían carbones encendidos, hablaban ásperamente. Robaron las mieles de nuestros panales, saquearon las montañas, ensangrentaron los árboles, la sabiduría de cuatrocientos años se hizo ceniza en una semana. Fueron los primeros *dzules*, ladrones de tierra, asesinos de caobas. Sus utensilios y sus herramientas les fascinaron a nuestros jóvenes, olvidaron el olor del bosque y el canto de las guacamayas.

Hijo mío, llevas mi nombre, tu naciste para ser consejero, padre y hermano de todos. Escúchame, éstos son mis mandatos: pronto buscaré tu mujer tan fuerte como tú. Ella será la madre de todos. Tu crianza empezó desde que naciste y durará hasta llegar a la cúspide de

la vida. Construirás chozas, subirás a los árboles a coger los frutos, te pondrás a salvo por el río ante cualquier amenaza. Serás fiel cuidador de la tierra y las tradiciones de nuestros antepasados. No sólo eso. Verás el aura de la persona, leerás su pensamiento, sanarás con el poder de la mente, interpretarás los sueños, dejarás de respirar y morir a voluntad. Tu corazón será puro, limpio de deseos y de malas intenciones, tu mente no debe ser vulnerable ante las cosas que vienen de fuera. Serás consejero severo, justo y sabio. No tienes otra elección, eres valiente y de corazón puro. Hace una semana empezó el tiempo del calor, hasta las serpientes buscan sombra. Irás al río a bañarte y a olvidar por momentos los trabajos del cultivo de la milpa, y caminarás de nuevo por la vereda de retorno.

¿Te acuerdas de Chamkayum Bats? Sí, aquel joven que murió hace dos meses. Dejó de usar su túnica blanca y larga. Su confianza la vendió rápido y fácilmente a un *dzul*. Apenas probó unos zapatos, una camisa, un sombrero, un machete, una copa de aguardiente, se sintió como un dios, dejó de respetar a los suyos. Tuvo visiones diferentes, soñó lugares que nunca había imaginado que existieran, su espíritu viajó a la gran ciudad de los *dzules*. Era joven, serio, apenas iniciaba. Su deber era

peregrinar a la casa de *Jadikyum*, a las riberas del río Lacantún, a las orillas de los lagos, lugares donde se quema la resina del árbol de caucho para adorar a los dioses del monte, del agua y del cielo.

¿Qué fue lo peor de Chamkayum? No fue la muerte. Porque todos nos morimos, unos se van jóvenes, otros ya viejos. Siguió otro camino, negó ser hijo de *Jadruinik*. Desconoció las tareas que todo hombre lacandón debe saber, sólo poseyó una parte de su alma, quedó en la edad de niñería. Nadie tiene alma cabal mientras no sea miembro completo de la comunidad. Descuidó su primer incensario, el del nacimiento. La muerte de uno es la muerte del otro. Están unidos a lo largo de la vida.

Llegó el tiempo de renovar tu incensario, ya no eres un niño, has cumplido otro ciclo de vida. De aquí en adelante el cambio de tu incensario será cada año y su ceremonia se prolongará más de una luna completa. Durante el tiempo que dure la preparación del nuevo, el viejo recibirá diariamente su última ofrenda de pozol, así su espíritu no perecerá de hambre mientras viaje hacia el lugar de los muertos. Tú abuela, la mujer más vieja de la aldea, se ocupará de moler el maíz y preparar la bebida. Tu primer incensario de vida bajaré de su lugar para morir, su tiempo final llegó con la

instalación del otro.

Chamkayum Bats' no renovó su primer incensario, él se alejó. Lo vi marcharse sin la menor ceremonia para nuestros antepasados. Después de varios veranos, regresó, pero ya no era parte de la selva, ya no olía como nosotros, que somos fragancia de árboles y animales. Traía el pelo corto y peinado hacia atrás, lentes oscuros, pantalón y camisa de *dzul*. Me dio tristeza verlo como un gusano, hueco, vacío. Es cierto, todos podemos cambiar, pero no debemos olvidar nuestro origen, nuestra historia y nuestra tierra. A los jóvenes como tú les gusta el modo de vida y los productos de los *dzules*, pero no todo es bueno, causa tristeza: fuegos arden por donde quiera, humo en todas partes. Los animales se fueron de aquí, huyendo del ruido y de la muerte de la selva. Cuando un árbol cae muchas vidas se entierran. Seré sordo a todo, no cambiaré mi vida por ninguna otra cosa. Yo vivo no sólo de la tierra que me provee lo que necesito, sino con ella, soy producto del suelo, igual que el árbol de ceiba, sagrado entre nosotros. Me muero si me arrancan de él. El valor de nuestra selva no puede expresarse en dinero, en fusiles, en machetes, en cobijas u otra cosa. El dinero, por elevado que fuera como los grandes árboles de cedros, sería gastado algún día. La tierra

mantiene con generosidad la vida. Se rehace una y otra vez, eternamente. No importa que nosotros vivamos o muramos, la tierra producirá en tanto brille el sol en el firmamento.

Pasaron los días, el primer incensario de Chamkayum mostró señales de envejecimiento. Dijo no necesitarlo, haría otro para seguir con su propia ceremonia. Una tarde lo vi caminar hacia el santuario de los dioses, ofreció ofrendas de copal, pero no siguió el orden establecido por los iniciadores del acto. El incensario se bendice, es sagrado y se deposita con devoción en el santuario de los dioses. Tiene su propio fuego, su propio utensilio y su propia comida. Toda ceremonia es privada, se mantiene en secreto ante los curiosos. Cuando se prepara el nuevo quemador de resina del árbol de caucho ninguna persona debe aproximarse, se hace en total discreción, lejos de todos, solamente el hombre de fiesta duerme en la choza ceremonial. La pureza ritual es una condición.

Chan k'in, tú sabes que personas rubias, hombres y mujeres, llegan hasta aquí. Me llaman desde afuera, los invito a pasar. Les doy pozol, tortillas, no tengo más que ofrecerles. Tienden sus cobijas en el suelo, aquí descansan. Me toman fotografías, preguntan sobre mi vida

y por nuestros dioses. Pero escondo los secretos, finjo no entender sus preguntas. Nadie puede hablar de nuestro dios, porque él creó a los *Jadrinik'ob*, sembró las estrellas y plantó los grandes árboles. Su persona está fuera de nuestro alcance.

Es cierto que nadie hablaba de nuestros dioses, de nuestros incensarios, de nuestras vidas. Ningún *Jadrinik* revelaba lo que sabía de este asunto. Antes de los primeros *dzules* yo sentía que los dioses me elevaban. Ya no lo siento así. Si Chamkayum no hubiera mostrado el santuario a los forasteros, los dioses conservarían su poder. Desde el momento que llegaron perdieron su pureza, los descompusieron: saquearon sus joyas, sus piezas de jade, su obsidiana. Removieron sus tumbas y sus esqueletos. Pronto dejarán de existir, porque Chamkayum sacó a la luz nuestra ceremonia realizada en secreto durante siglos, y la luz anuncia el final. Se sintió el dueño de todo, desatendió las palabras de los primeros padres, actuó en contra de la ley de la divinidad. No sólo nos afectó a nosotros, sino a las generaciones pasadas y venideras. Creyó que al conocer el lenguaje de los *dzules*, podía hacer lo que quería, pero su voz no era más que sonido de un tronco hueco, podrido. Tuvo apetito de ser hombre ceremonioso, sólo por

complacer a los *dzules*. Al hacerse amigo y hermano de enemigos mayas, fue triste y hosco. Llegó el momento que se encontró solo, acabó su felicidad. Su voz se volvió temblorosa y suplicante. Tuvo miedo, mucho miedo. Lo atrapó la desesperación.

¡Mira! El sol se eleva ya por las montañas, conforme avanza, un cálido soplo de viento llegará con olor a bosque y se complementará con el del copal. Tráeme un poco de *bajbe*, están resecos los labios de tu incensario. Pronto iniciaré tu ceremonia. Cantaré a los dioses para mantenerlos tranquilos, así el viento de los *dzules* no te disperse, ni te seque. Les ofreceré regalos, no piden mucho, sólo unos sorbos de *bajbe*, tabacos, un poco de incienso. Alzaré mi incensario porque soy quien levanta la vida, soy quien construye el esqueleto, soy quien edifica la cabeza, soy quien coloca los pulmones. Traigo la sabiduría en mis manos, jamás cedo por temor, doy mi cabeza para proteger a nuestros dioses.

Un día me enojé con Chamkayum porque arremetió contra mí. No cualquiera puede ser hombre ceremonioso, así se lo hice saber. Uno no aprende de memoria lo que debe decir en su ceremonia. El sagrado copal, el sagrado *bajbe*, es quien habla, yo simplemente doy la voz.

¡Qué difícil es morirse! Me dijo poco antes

de acostarse para morir. Me agradeció lo que hice por él, ya debía dejar de vivir. No tuvo nada que reprocharme, contento por las atenciones que le brindé en la vida. Aunque sintió dejarme, él comprendió que su destino no fue como lo soñaba. Se sintió atraído por los *dzules*, pero no encontró con qué alimentar su ser. Acabó su vida por tanto aguardiente ajeno.

Chan k'in, ya estoy viejo, tan viejo como los árboles de nuestra selva. Nadie puede curar la vejez. Mi tiempo en este mundo se está cumpliendo. Mi cuerpo está cansado y mi espíritu desea irse con los antepasados que iniciaron el rito de los incensarios. No hay nada malo en eso. Tú eres un *jachwinik*, el hijo de Chan k'in viejo, vives aquí, donde sólo los jaguares, los quetzales se atreven. Un *jachwinik* como tú, que no miente, tiene derecho a ser un hombre ceremonioso. Llevas en tu mente la cuenta de los rituales. Los dioses se honran, al no hacerlo, mandan fiebres, catarros, malestares que causan la muerte. El canto de los dioses se entona desde distintos santuarios. Sabrás lo que harás cuando expongas tu voz. La música son los graznidos de las coloridas guacamayas que pintan de azul y púrpura las copas de los árboles, son los misteriosos aullidos, bramidos, crujidos, tronidos, que brotan desde la espesura

de la selva. El rasgueo del tepezcuintle, el chasquear de los labios del mico de noche son los que dan un contrapunto al concierto ritual de nuestros dioses, único canto entonado en medio de la selva. Escucha el estruendo de la cascada, así comienza el canto de tu incensario.

El hombre del arco

Chambor Nuk, hombre pobre, desconocía el secreto del uso de las flechas. Preparaba su trampa, pero de vez en cuando caía tepezcuintle en ella, sólo así comía carne. Los huesos de este animal no los tiraba, los ahumaba en manojos. Cuando se le antojaba un caldo los lavaba y los hervía con un poco de masa, se aburría de comer agua de chile.

Su mujer, enojada, se lanzó encima de él para arrancarle el arco. Otras iban de cacería con sus maridos para cargar la presa.

—¿Por qué no traes comida?, rompe la caña de tu flecha para limpiarte si no te sirve. No eres un hombre cazador —lo miró largamente con sus ojos negros.

—¡Cállate! No es así tu madre.

—Está bien, regresaré con ella.

Sobrevino el silencio, la mujer aventó el arco y se puso en camino. Chambor le suplicó que regresara; al verla desaparecer por la orilla de la milpa, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero al segundo día regresó. Chambor fue de cacería. Después de una larga jornada no trajo carne. Fingió no ver a su mujer para ahorrarse la humillación de otro desaire.

—Ahora sí, me voy para siempre, vivirás solo, no quiero un hombre así.

—Espérate, Chunk, quiero explicarte una cosa.

—No quiero nada, sólo carne de animales.

Chunk se fue. Pero al siguiente día regresó. Chambor no sabía cazar, pero era un hombre de sentimiento. Muy temprano caminó a la selva, vio un saraguato, disparó su flecha, lo hirió. Por primera vez logró lastimar una presa. En ese momento apareció Uyumk'ax, el viejo sabio, guardián de la tradición, pequeño y de cabeza redonda. Con su ropa y sus pasos parecía parte de la selva. Un centenar de avispas ruidosas zumbaban sobre su cuerpo.

—¿Qué haces? —preguntó el viejo sabio.

—Busco mi flecha para matar al saraguato que herí —contestó Chambor, ahogado de felicidad.

—Aquí está una flecha, dispárala, veré cómo lo haces.

Chambor parpadeó, no quiso recibirla porque no tenía puntería.

—Pruébala, no tengas miedo, estoy contigo.

Con la mano temblorosa disparó, la flecha tomó otra dirección. Uyumk'ax cogió su arco, apuntó al saraguato, disparó. El animal cayó al suelo. Chambor no creía lo que presenciaba.

—Es tuyo, llévalo para que comas con tu

mujer —dijo Uyumk'ax.

—Para pagarte lo que has hecho por mí, desde este momento quiero aprender a usar la flecha —contestó Chambor con la cara contenta.

—Está bien, te enseñaré. Párate ahí, pon tu arco sobre tu pecho.

Chambor sintió miedo, pero no podía perder la oportunidad. Uyumk'ax disparó, pegó justo en el arco.

—Tienes buena puntería —dijo Chambor con una leve sonrisa.

—Ahora te toca, Chambor.

—No, no quiero matarte. No tengo puntería.

—No seas mal pensado, Chambor. Sé cómo detener la flecha.

Uyumk'ax sujetó su arco con una mano contra su pecho, miró a Chambor con una expresión concentrada. Chambor disparó, pero la flecha se ensartó en la ropa de avispa del viejo sabio. Siguió tirando sin atinar en el arco. La sombra de la tarde cayó sobre las copas de los árboles, Chambor regresó a su choza. Chunk vio a un hombre acercarse a duras penas por la orilla de la milpa y sobre su espalda traía un animal muerto, pensó que se trataba de otra persona. Abrió bien los ojos, reconoció a su marido. Sorprendida, tiró el agua de chile que preparaba para el día, corrió a alcanzarlo.

—Traes la mejor carne, ¿cómo lo cazaste?

—Los oí desde lejos, seguí sus gritos. Estaban comiendo frutas cuando los atajé. Huyeron, corté camino para alcanzarlos, así logré matar uno.

—Ya no regresaré a la casa de mis padres.

—Eso espero. Aquí no te faltará carne para comer.

Pasada una semana Chambor volvió a la selva. Gritó para encontrarse con Uyumk'ax, no tuvo respuesta. Siguió el aullido de los saraguatos con el ánimo de matarlos y topó con el viejo sabio.

—Pensé que me olvidaste. ¿Qué le diré a mi mujer si regreso con las manos vacías? —dijo Chambor con la cara angustiada.

—Deja de preocuparte, Chambor. Fortalecerás tu corazón y adquirirás rostro de cazador. Tu arco será parte de tu cuerpo y la flecha será un alargamiento de tu brazo. Fíjate cómo lo hago. Donde pones el ojo, coloca la flecha. Concéntrate y usa gran fuerza al disparar.

Después de largas jornadas de aprendizaje Chambor se convirtió en arquero perfecto, logró dominar completamente esa arma.

—Enseña a otros. Un cazador como yo no debe lucrar con su arco, nace para buscar alimento. Quien compite, quien cobra por su

servicio es un falso cazador. En ti no habrá avaricia, sé humilde con tus flechas —dijo el sabio.

—Tendré en cuenta tus consejos

—contestó Chambor.

Quiso enseñar a otros, se rieron de él, sabían que no era un hombre cazador. Un día apareció Bor, joven recién casado. No duró su felicidad por falta de carne en su casa. Pidió a Chambor que le enseñara su conocimiento de las flechas, éste ofreció su ayuda. Caminaron entre los árboles. La algarabía de saraguatos hizo que Chambor apuntara con su flecha, mató en seguida dos. Los demás huyeron despavoridamente. Bor, admirado por la puntería de Chambor, siguió su aprendizaje, hasta que adquirió puntería impecable.

—Ya eres un hombre flechador. Pero en ti habrá respeto por toda forma de vida. Jamás dañarás a otro ser viviente. Tratarás con bondad a todas las criaturas. Podrás cazar un pájaro sólo para comerlo. Agradecerás al animal por entregarse a la muerte para no convertirse en una matanza —dijo Chambor.

—Seré fiel de tus enseñanzas —contestó Bor, con la cabeza gacha.

Bor cazaba sólo para alimentarse con su mujer. Un día encontró a Baltazar Chanuk, joven con habilidad en el arco y deseos de

competir. Bor rechazó la idea al principio, Baltazar insistió. Después de discutir largo rato caminaron al bosque. Baltazar disparó a un saraguato, cayó como una piedra a sus pies. Pero Bor no aceptó que Baltazar pudiera ser mejor que él, lució su puntería. Fue el inicio de una larga competición. Bor no se cuidó, desobedeció las leyes de la naturaleza. Empezó a matar saraguatos, sólo por demostrar su vanidad. Chambor se preocupó.

—Bor, no destruyas por destruir ni dañes por dañar. Yo he visto monos en descomposición en la selva. Tú los mataste, les cortaste la cabeza y ahí dejaste tirado sus cuerpos. No entiendo por qué sólo les comes el seso. Sólo un loco cometería semejante torpeza. Deja en paz a los monos si no son para tu alimento. ¿Qué harás cuando se acaben? Cuando no haya nada que comer, moriremos.

Bor no tuvo sensibilidad para comprender el consejo de su amigo, contento, siguió comiendo seso de mono con su mujer. Pasaron los años, un día la esposa llegó asustada a la choza de Chambor.

—Chambor, mi esposo fue de cacería desde la mañana y no ha regresado.

Chambor sintió un dolor que atravesó como flecha su corazón. Se adentró en la selva con la esperanza de hallar a su amigo. Silbó,

gritó, lo llamó por su nombre, no obtuvo respuesta. Después de cinco días de búsqueda lo dio por perdido. Pasó el tiempo, un día menos pensado escuchó un grito, pareciera de un ser humano. Lo siguió y alcanzó a ver un hombre sin túnica, trepado en un árbol.

—¿Qué haces allí? —dijo al reconocer a Bor.

—Los monos me tienen retenido y acorralado, no me dejan ni un momento. Arrancan sus pelos y los pegan en mi cuerpo. Cortan cualquier fruta y me dan de comer. Ya no puedo más.

—Ya ves lo que te sucedió. No pensaste las consecuencias al matar en balde a los monos, así el mal apareció en ti.

—Es cierto, nunca escuché tu consejo, yo tengo la culpa.

Los saraguatos se unieron al fuerte rugido del macho dominante. Chambor disparó, huyeron despavoridamente de un árbol a otro. Bor quedó libre, pero no podía bajar entumido de sus pies, hasta que Chambor hizo una escalera. Lo llevó a su choza. La mujer se puso contenta al ver a su esposo, pero ya tenía pelos en el cuerpo.

—Ahora ya no puedes salir de cacería —dijo. Chambor, los monos nunca olvidan lo que hiciste, estás condenado a pasar el resto de tu

vida sin arco y flecha, así no podrás ocultar nunca el tamaño de tu desgracia.

Bor no salió más allá de su milpa. Un día quiso comer carne de saraguato, hacía tiempo que no cazaba, agarró su arco y su flecha.

—No, ya no volverás, los monos te llevarán —advirtió la esposa

—No me reconocerán, ya soy un hombre adulto.

—Crécme, no te dejarán en paz.

Bor no hizo caso, fue de cacería. Llegó la noche, no regresó. La mujer se preocupó y fue con Chambor.

—Chambor, no ha regresado mi marido de la montaña —le dijo.

—La culpa no la tengo, le pedí que no cazara más.

—Sí, tienes la culpa, tú le enseñaste a manejar la flecha.

—Es cierto, yo le enseñé porque tú querías que cazara, ahora tendrás que soportar su ausencia —dijo confundido por el giro que tomó el asunto.

Chambor recorrió la selva, no encontró a su amigo. La desaparición de Bor causó revuelo entre la gente, se unieron a la búsqueda, peinaron la selva, pero no hubo ninguna señal de Bor. Lo dieron por perdido.

Pero el padre de Bor iba mucho de

cacería. Un día escuchó un extraño grito que venía de lejos. Pensó en algún animal solitario en medio de los árboles. Siguió sus aullidos y apareció sigilosamente un saraguato grande, sin cola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el ser.

El padre se sorprendió al escuchar las palabras del animal, pensó que era un *kisin* deambulando en la selva. Fijó la vista y respondió.

—Busco presa. Haré tamales para mi ritual. Quemaré incienso. Invocaré a los dioses que plantaron los grandes árboles, a los creadores de las orquídeas que perfuman el entorno en recuerdo de mi hijo que se perdió hace años.

—Papá, soy yo, tu hijo, no estoy muerto.

No supo qué decir. Quedó con la boca abierta.

—Mátame, papá. Te lo ruego encarecidamente.

—No, hijo, no te mataré. Bájate, vamos a la casa.

—No, papá, mi esposa pensará que soy saraguato.

—Le diré que tú eres mi hijo.

—No me reconocerá. Tengo pelos ásperos y oscuros en todo el cuerpo. Rujo fuerte entre la espesura de la selva. Mátame, papá. Dame un flechazo en el sobaco, así moriré luego.

—No, hijo, estoy desconsolado por ti.

—¿Quieres verme deambular en la selva? Sufro diariamente, papá. No tengo cola para desplazarme con facilidad entre las ramas, ni puedo competir por una hembra. Estoy cansado de comer fruto de *K'op'o'*, sólo me gusta un poco el de *ox* y de *banbax*. Mátame, papá. Solamente así estaré libre. Mi carne servirá para tu ceremonia, es un honor para mí entregarme a los dioses.

—Tú no sientes mi pesar, hijo mío, pero tengo que hacer algo. Tu corazón servirá de alimento a los dioses, así responderán a las cosas que me preocupan.

Conmovido por el sincero deseo de su hijo se despidió de él con grandes muestras de afecto y tristeza. Le apuntó al sobaco, no falló, cayó del árbol, lo cargó sobre su espalda, regresó.

—Este es nuestro hijo, me rogó que lo entregáramos a nuestro dios —dijo al llegar a su casa.

La madre se arrodilló con sus ojos humedecidos. Acarició el cuerpo de su hijo.

Chambor, enojado, confuso y dolido por el destino de Bor, realizó una ceremonia para pedir clemencia a los saraguatos.

No estás muerto

Bake Chambor fue admirable lacandón. Hacía largas jornadas a pie para cazar. Una ocasión encontró tirada las matas de su milpa. Las tuzas carcomieron las raíces. Destruyó los nidos para que se fueran a otro lugar, no logró espantarlas. Pasaron los días, ahí siguieron. Cansado y molesto armó trampas. Temprano al otro día fue a revisarlas, regresó a su choza con un manojo de tuzas. Siguió poniendo trampas, feliz comía tuzas con su mujer. Una tarde llegó triste.

—Se acabaron las tuzas, no sé que haré —le dijo a su mujer con voz apagada.

—Espera, volverán cuando se reproduzcan —contestó ella.

Al tercer día encontró un tucito en una trampa. A pesar de las ganas que tenía de comerlo le dio lástima, tenía la cabeza aplastada. Caminó sin levantar la vista, después vio por todas partes, perdió el camino a su casa. Fue adentrándose hacia la penumbra de la selva, no logró salir de ahí. Trepó en una mata de *barum* para comer sus frutos. Escuchó el crepitar de las hojas secas, quedó alerta con sus ojos abiertos, sin saber qué hacer. Vio caminar una joven, ella se sentó debajo del árbol, quitó su cabellera, la puso sobre sus rodillas, buscó

piojos y los comió. Bake Chambor, sorprendido, le aventó semillas de *barum*. La joven se molestó, puso la cabellera en su cabeza y se fue. Bake la siguió con la vista hasta perderla a la orilla de un acahual. Bajó de prisa, pensando que ella podía señalarle el camino a su choza. Al llegar por donde se metió, no encontró ningún rastro. Desconcertado, despejó con los pies los matorrales, halló una cueva. Entró y poco a poco vislumbró una tenue claridad verde y al asomarse descubrió una selva exuberante, cantos de aves y arroyos cristalinos cubiertos en nieblas. Se internó en la vegetación. De pronto la vida se le oscureció, cayó, pero al abrir sus ojos vio vagamente una casa a la orilla del camino, se levantó y se acercó. Surgió una voz de mujer.

—Pásale, pásale, no tengas miedo, aquí es el camino de los muertos.

Con eso le bastó para temblar de susto, él no estaba muerto.

—¿Por qué no hablas? Aquí pasan todos tus compañeros.

—No, no estoy muerto, vine entero —contestó Bake con voz estremecida.

—Créeme, estás muerto, de veras, estás muerto.

—No es cierto, si estuviera muerto traería tortillas y hueso en el sobaco. ¡Mira! No traigo

nada, vine entero —alzó las manos.

—Si viniste entero, ¿cómo llegaste acá entonces?

—Llegué a ver mi trampa, cogí un tucito, me dio lástima porque era pequeño, perdí de vista el camino a mi choza.

—¡Ah! Te llama la mamá de las tuzas. Mataste a sus hijos, ya no hay más.

—Comieron mi milpa.

—Así será. ¡Mira lo que han hecho contigo!

—Quiero regresar a mi choza, muéstrame el camino, no traigo alimento para este viaje.

—Ya no hay remedio. Lo que hiciste ya está hecho. No fuiste fiel cuidador de los seres vivos. Estás obligado a reproducir tuzas.

—No sé qué hacer.

—Yo te ayudaré. El mundo de los *jachires* (dioses del inframundo) es un lugar peligroso. Cuando llega la noche salen por todas partes en busca de alimento, si te ven, te comerán. Entra, siéntate, mientras preparo tu escondite. No tengas miedo. Soy *Una'ujachir*, guardiana del camino de los muertos.

La mujer agarró una olla de barro grande, la aholló toda alrededor. Después le untó chile seco y quemado, la embrocó, ahí metió al hombre.

—Bake, escucha los pasos, son de mi *Jachir*. Mira sigilosamente por los hoyos para que conozcas cómo es. Lleva sobre su espalda huesos cruzados, su cuerpo está en descomposición, con manchas negras distribuidas en él.

Jachir se detuvo junto a la puerta, con cara de hambriento.

—¿Quién está en tu choza, *Una'ujachir*? —preguntó.

—Nadie está aquí. ¿Por qué me preguntas? Si sabes que vivo sola.

—Siento olor humano, alguien está en tu choza.

—Si tienes hambre, *Jachir*, come y te vas, no quiero verte aquí.

Le dio una jícara de agua con chile molido. *Jachir* dio la vuelta, siguió su camino. Se acercaron otros *Jachires*, preguntaron por el hombre, *Una'ujachir* contestó de la misma manera. Después de varios días ya no dijeron nada.

—Ya no hueles a humano, Bake. Pero no te moverás de aquí hasta que te diga qué debes hacer. Mañana te llevaré a conocer a mis *Jachires*, así no serás alimento de ellos. Te servirán tu comida, pero no la comerás, porque tú no estás muerto —dijo *Una'ujachir* al levantar la olla.

Llegó el nuevo día, caminaron rumbo a la comarca de los *Jachires*. Nomás vieron llegar a

Bake le pasaron un trasto de comida y agua para beber, pero no la tocó, ahí la dejó. La peste de carne descompuesta le dio en la nariz, apenas pudo contener el sobresalto de su estómago.

—Es carne de tus compañeros muertos, los huesos que cargan mis *Jachires* utilizan para despellejarlos. ¡Vamos! No hay nada que hacer —dijo *Una'ujachir*.

Regresaron, pero no había qué comer. *Una'ujachir* pidió al hombre que fuera a cazar faisán.

—Los faisanes de mis *Jachires* habitan en las ramas bajas. No puedes comerlos, tú no estás muerto. Los que te pido son los mismos que hay en tu mundo. Anidan cerca del lago y en la copa de los árboles más grandes.

Bake se adentró al bosque, cazó dos faisanes. Al día siguiente salió a cazar jabalí.

—El jabalí que te digo es el mismo que comen allá en tu casa, se escucha el ruido de los dientes cuando mueve la quijada. Hay otros jabalís, pero son los que cazan mis *Jachires*, parecen ratones —advirtió *Una'ujachir*.

Bake conoció el territorio de los *Jachires*, aprendió a cazar para conseguir alimento. Por fin llegó el día oportuno.

—Es hora de marcharte, Bake, irás a reproducir tuzas.

—No sé cómo, *Una'ujachir*.

—Se llega después de recorrer un largo y penoso camino. Yo te ayudaré.

Se sintió un soplo de viento, movió las ramas de las caobas. *Una'ujachir* chifló, hizo acto de presencia un colibrí, por su aleteo pareciera que temblara de miedo.

—Teje ropa de plumas para este hombre. Debe viajar al lugar de la mamá de las tuzas. Nunca llegará andando —ordenó *Una'ujachir*.

Pero el colibrí no terminó de tejer en pocos días. Preocupada por la tardanza de Bake, *Una'ujachir* pidió al colibrí que le prestará sus plumas.

—Es cierto, no debe atrasarse más —dijo el colibrí al quitarse sus plumas.

—No, colibrí, ya es demasiado tarde para volar hoy mismo, no llegará, pronto oscurecerá. Mejor que marche hasta mañana.

—Es cierto, *Una'ujachir*, el hombre recorrerá plantaciones de cultivos de tabaco, bosques de nieblas, lomeríos y corrientes de ríos.

Temprano al otro día Bake se puso las plumas de colibrí.

—Ya es hora de ir, Bake —dijo *Una'ujachir*. Vete por donde sale el sol. No te detengas a chupar la miel de la flor de tabaco, tu ropa se enmielará y no podrás volar, las hormigas te

comerán. Solamente descansarás donde hay una mata de *nikte'*, podrás chupar la miel de esa flor.

Voló, desapareció de la vista. *Una'ujachir* cogió su red, fue a su cultivo de tabaco. Estando allá escuchó un quejido, se apresuró, era Bake, tirado boca abajo, con miles de hormigas caminando alrededor de él.

—Te lo advertí, Bake, te lo advertí, no escuchaste mis palabras. Estarás otro día. Lavaré tu ropa, quitaré la miel de tabaco.

Pero su ropa de plumas no se secó en un día, apareció el colibrí en una mañana calurosa.

—¿Por qué no se ha ido el hombre? —preguntó sorprendido

—Desatendió mis palabras —contestó *Una'ujachir*

—Están pasando los días, *Una'ujachir*. No alcanzará a reproducir las tuzas y debe regresar a su mundo. Que se marche ya.

—Es cierto. Bake atiende mis palabras, así no serás comida de hormigas, vivo regresarás a tu casa. Ponte tu ropa y vete.

Voló, desapareció de la vista. Después de volar varias horas descansó en un *nikte'*, chupó la flor y vio una joven debajo del árbol, entretenida con su tejido, la misma que encontró cuando perdió de vista el camino de su choza.

—¡Papá, papá! Aquí está un colibrí, mávalo —escuchó decir.

Un hombre de barbas largas y pelos canosos salió con su arco y flecha. Vio al colibrí, disparó, pegándole en el ala, Bake dio volteretas, cayó al tejido. La joven lo agarró y lo sujetó en sus manos.

—Mátalo, mávalo, hija, lo comeremos —dijo el padre.

—No, papá, está precioso, jugaré con él.

Llegó la noche, fueron a dormir. El padre escuchó voces, parecía que su hija platicara con alguien. Se acercó y le preguntó con quién hablaba.

—Papá, ahora ya tienes yerno —contestó.

—¿Dónde lo conseguiste?

—El colibrí que heriste se quitó las plumas, es un hombre.

—Dile que salga, hablaré con él.

Bake salió, se paró frente al hombre canoso de hombros anchos.

—Con que tú eres el marido de mi hija Ma'ax. No importa, trabajarás para mí, barrerás mi choza, quitarás la basura alrededor.

Así lo hizo, barrió primero alrededor de la choza. Cuando se disponía a asear adentro, escuchó la voz de su suegro.

—Espera, yerno, no entres todavía. Déjame decirle a tus cuñados y cuñadas que

salgan, te pueden picar por molestarlos.

Dio la orden, empezaron a salir distintas serpientes. Bake se espantó al verlas, nunca pensó que sus cuñados y cuñadas fueran animales.

—No te espantes, yerno, así somos. Tus cuñados y cuñadas no se atreven a acercarse, pero si huelen que tienes miedo atacarán. Se enroscan y se extienden ante la menor sombra de una amenaza. Si alguien te pica, mávalo, ponle algo en la boca, ya sea hoja, piedra u otra cosa.

—¿A qué se debe eso, suegro?

—Cuando regresan cada tarde las reviso una a una. Si traen algo en la boca, es porque picó. Yo mismo cortaré la cabeza, si no, morderá de nuevo. Entra, barre la choza.

Llegó la noche, Bake se acostó con Ma'ax. Durmió profundamente hasta que sintió algo corpulento, se levantó sobresaltado.

—¿Qué cosa? —preguntó alarmada Ma'ax.

—No sé, sentí algo cerca de mí.

—Duerme, no tengas miedo, nadie te molestará.

A la noche siguiente volvió a asustarse, creyó escuchar el rugido de un jaguar.

—No tengas miedo, en este mundo cada noche nos convertimos en diferentes animales. Soy la mamá de las tuzas, estás obligado a

darme hijos —dijo Ma'ax.

Bake consideró normal que su mujer se convirtiera animal por las noches y comenzó a tener relaciones con ella. Al poco tiempo nacieron tucitos. Pasaron los años, los seres de ese mundo prepararon un convite en honor al nuevo miembro de la familia.

—No tomes *bajche*, deja que mi padre se emborrache, aprovecharemos la única ocasión para huir a tu mundo, iré contigo —dijo Ma'ax.

—Sólo probaré un poco —contestó Bake.

Al ver llegar al viejo guardián de los animales cayeron de rodillas los seres de ese mundo, tocaron el suelo con la frente hasta que él les dio su bendición. Le pasaron una jícara de *bajche*, al yerno también. Tomaron una tras otra, Bake no tardó en caer borracho.

—Ma'ax, ya es hora, escapa con tu marido —dijo la mujer más vieja de la comarca —si no sales ahora, nunca lo podrás hacer, tu padre despertará, no te dejará ir. Si tú acompañas a tu marido el viaje será más corto.

Ma'ax pidió que le ayudaran a poner de pie a su marido, pero Bake era como el pescuezo de una gallina muerta. Lo arrastraron afuera, pensaron que con el frío del amanecer despertaría. Cantó el gallo, se pusieron temblorosos. El viejo padre, tendido en su camastro, enderezó pesadamente su cuerpo,

pronto despertó. Junto con Ma'ax se pusieron en camino. Llegó el medio día, Bake recobró sus sentidos, preguntó por su mujer. Lo llevaron a la presencia de *Una'ujachir*, mujer milenaria.

—Ya no puedes alcanzarla, se ha ido con su padre. Volverás a ver tu montaña, emprenderás el regreso, pero irás solo. Alístate. Aquí están tus tortillas, con un pedazo que comas te llenará, no morirás de hambre mientras viajas. Llévate este *jats'ap'*, resucitará a tus seres queridos muertos mientras reproducías tuzas. Caminarás por mucho tiempo, animales te guiarán. Adiós, Bake. Tu castigo ha terminado, es hora de regresar.

—Aquí me siento bien, quiero quedarme otro poco con mi mujer —contestó sorprendido Bake por la presencia *Una'ujachir*.

—No pienses más en este mundo. Vete, tú ya sabes tu lugar —replicó ella severamente.

Al oír esto dio vuelta, caminó varias horas entre la vegetación y se detuvo en una encrucijada de cuatro caminos, no sabía a dónde ir. De pronto vino un perdiz, ofreció su apoyo, caminaron juntos por un tiempo. Después se acercó una paloma, hizo lo mismo. Luego se encontró con un tlacuache.

—¿Quién eres cuñado, a dónde vas? —preguntó el animal.

—Soy Bake, voy a mi casa, pero no sé como llegar.

—Sí, tu eres Bake, conozco tu casa. Llego allá, busco gallinas para alimentarme. Tu esposa Koj te creyó muerto y se juntó con otro hombre. Tu primera hija está casada y las tres últimas aún solteras.

Por esta mala noticia Bake bajó la cabeza, no pudo contener su llanto.

—No llores, cuñado. Sabes que si un hombre muere, sus hijos y su esposa son adoptados por otro que pueda protegerlos y alimentarlos. No te preocupes, yo te guiaré, así saldrás de aquí.

Después de un buen trecho el tlacuache ya no estaba con él. Pero alguien le habló a su espalda, volteó a mirar, era un venado.

—No sé cómo llegar a mi casa. Llévame contigo. Házme ese favor —dijo Bake.

—Yo te llevaré, pero trabajarás primero para mí. Júntame un montón de frutas de ramón, tengo hambre.

Bake aceptó. El venado comió las frutas. Dio las gracias y pidió a Bake que se quedara ahí mientras él iba por agua. Saltó, desapareció de su vista.

—¿Qué haces aquí, cuñado? —dijo un tigrillo, oliendo y batiendo la cola.

—Estoy esperando un venado.

—¿Y dónde está el venado? Te ha dicho mentiras, se ha ido. Pero conozco tu choza. Tu esposa Koj se juntó con otro hombre.

—No digas tonterías, deja de molestar, muéstrame el camino.

—Calma, cuñado, calma. Yo te guiaré.

Después de un buen recorrido el tigrillo agarró otro camino. Bake se sentó, levantó la vista, vio un mono araña con sus ojos grandes y expresivos. Pensó: si fuera como tú, llegaría más pronto a mi casa. Así como estoy ¿cuándo llegaré?

—Pronto, muy pronto. Tú casa está cerca. Llego allá. Tus compañeros me hirieron con sus flechas. Mira, no te engañó —dijo el mono araña, señalando su herida. —No puedo acompañarte, ando por las ramas, ayudándome con mi cola y mis dos manos para balancearme. Camina todo derecho.

Bake se levantó, caminó un rato; al poco lo venció el sueño. Despertó sobresaltado por el ruido a su alrededor y se encontró frente a frente con la cabeza de un jabalí. No se movió, paralizado de sorpresa.

—Qué haces, cuñado, ¿por qué andas solo sin arco y flecha? —dijo el jabalí.

—Hace tiempo que salí de mi casa, me llevó la mamá de las tuzas. Estoy de regreso, pero no sé cómo llegar.

—No trataste con dulzura de hermano a las tuzas, terminaste comiéndolas. Te olvidaste que todo lo que hay en este mundo no sólo les pertenece a los humanos, sino a todos los seres vivientes. Compartimos el mismo aliento. Te encaminaré unos días, pero somos muchos, nos detendremos a comer frutas y nos bañaremos. ¿No te quejarás por nuestra lentitud?

—No, no diré nada, al contrario, juntaré frutas para ustedes.

Pero al tercer día Bake quedó solo cerca de un lago. De pronto un gruñido, un jaguar salió de entre los árboles y se acercó, se agachó para tomar agua y caminó hacia Bake, paralizado de miedo.

—Conozco tu casa, cuñado, aún queda lejos. Te llevaré, pero soy un animal de noche, paso la mayor parte del día dormido en la copa de los árboles.

—No importa, haré lo que tu digas, muéstrame el camino.

Bake emprendió de nuevo el camino con la esperanza de llegar a su choza. Luego de un trayecto el jaguar dio un brinco y desapareció, ya no regresó. Bake cerró los ojos para morir, pensó con tristeza en su choza. Y una voz a su espalda pareció responder a su preocupación.

—Sé donde está tu choza, cuñado.

—¿Quién eres? —preguntó espantado Bake

—Soy el puma. De veras, cuñado, conozco tu choza, llego a comer gallinas allá. Caminando un poco ligero, llegamos en cuatro noches. Yo te guiaré.

Después de tres días el puma no seguía más sin recibir algo a cambio de su trabajo. Bake ofreció cinco gallinas ponedoras. Pero se sentía cada vez más débil. Sintió que moría antes de poner fin a su viaje por el inframundo.

—Voy a morir solo aquí en la selva, nunca llegaré a mi choza —dijo.

—Que poca confianza tienes en tu corazón, cuñado —dijo riendo el puma. —Nunca vi un hombre tan pesimista. ¡Si ya has llegado! Ahí está tu choza y tus hijas sentadas en el patio. Corre, cuñado, corre, lograste llegar.

Al oír esto sus ojos se llenaron de alegría, corrió a su choza; frente a sus hijas gritó:

—Soy el padre de ustedes que desapareció hace años.

—¿A dónde te habías ido, papá? Pensé que estabas muerto —dijo la hija mayor, abrazándolo con los ojos llorosos.

—No, no estoy muerto, hija. La mamá de las tuzas me llevó a su territorio, me hizo reproducir todas las tuzas que maté. Fue un largo y espantoso viaje, llegué a pensar que nunca regresaría.

La menor de las hijas corrió a ver a su mamá para avisarle lo sucedido, pero ésta no lo creyó, regresó sollozando. Bake pidió a su hija cinco gallinas ponedoras, les amarró las patas y las llevó a la orilla de la milpa. Al poco rato escucharon el cacareo. Corrieron a verlas, sólo encontraron algunas plumas.

Bake mostró el *Jats'ap*, ordenó que nadie lo tocara y lo puso en un hueco entre los horcones de la choza. Se acostó y no despertó hasta que el sol subió por encima de las montañas. Luego preguntó al viejo K'in, el jerarca de la aldea, quiénes murieron durante su ausencia.

—Najbor y los hijos de Kayum, murió el marido de la pequeña Es, la sobrina de mi esposa, también pequeños que no tenían nombres todavía; murieron porque ya no tenían donde mamar, sus madres habían muerto —respondió sorprendido por la presencia de Bake.

—Mañana quiero que me lleven a donde están enterrados.

Así fue. K'in reunió a todos los de la aldea, Bake llevó el *jats'ap*. El rito duró todo el día y toda la noche. Quemaron copal y rezaron pidiendo a los dioses que liberen el *bajche* de los malos efectos que produce al beberlo. Bake miró hacia donde sale el sol, rocío en el aire una cantidad de *bajche*, murmuró una oración, llamó

a los espíritus, sonó el *jats'ap'*; los demás participantes se reunieron alrededor y comenzaron sus cánticos individuales, cada uno repitió lo mismo, pero no lo hicieron al unísono. Golpearon la tierra con los pies, sin descanso, hasta que los muertos fueron levantándose uno a uno.

Bake regresó a su choza a guardar el *Jats'ap'*; pronto se incorporó al lugar sagrado de los dioses para beber el tradicional sorbo de *bajche*.

Después la mujer de Bake llegó a visitar a sus hijas.

—Hija, ¿qué es eso guardado arriba? —preguntó al ver el *jats'ap'*.

—No, mamá, no lo toques. Morirán los resucitados y mi papá también.

—De tu papá no guardo recuerdos, es un hombre ausente en mi vida.

Buscó un palo para bajarlo, no lo cachó, en el suelo se hizo pedazos. Al mismo tiempo Bake y los resucitados cayeron, desparramaron sus bebidas. Murieron. Preocupados los vivientes se dirigieron a la choza de Bake, preguntaron por el *jats'ap'*, la hija mayor respondió que su mamá lo quebró. Enojados, fueron a la choza de la señora.

—¿Quién quebró el *Jats'ap'*?, tú fuiste —acusaron.

—Sólo quería saber qué era.

—¿Quién te dijo que lo tocarás?

—¡Señores míos!, toqué por curiosidad.

La llevaron donde estaban tirados Bake y los resucitados.

—Mira lo que hiciste —le mostraron a los muertos —Eres una mujer asesina, mataste a tu marido. Ahora cavarás su tumba —ordenaron.

La mujer trabajó día y noche hasta que enterró a los muertos. Después siguió una vereda entre las montañas, rumbo a su choza. Murió tres meses después. No se enfermó ni se quejó de nada. Dejó de comer. Comenzó su viaje a la morada de las almas, se encontró con *Una'ujachir*, guardiana del camino de los muertos.

El hombre primitivo

K'in era vigilado. La escasez de mujeres casaderas amenazó su existencia. Acomodaba su maíz y de pronto se clavó una flecha en su troje. Agarró su arco con la rapidez de un felino, pero su atacante desapareció con la misma ligereza con que había surgido. No durmió toda la noche, custodió a su mujer y a sus dos hijas. Al día siguiente decidió alejarse de la proximidad del extraño; destruyó su choza, recogió su olla, su comal, su arco, subió a la canoa, remó río abajo.

Un hombre atisbaba a cierta distancia. Era Tabay, joven casadero que buscaba esposa. Salió en persecución y lo encontró al ver la canoa atada a la orilla del río. Aguardó pacientemente. Llegó el momento. K'in y su hijo partieron de cacería y las dos hijas bajaron al río. Tabay se llenó de tranquilidad. Apareció entre la densa vegetación. Tenía un mono domesticado, creció a su lado y ambos podían comunicarse. Nunca se separaban, compartían un lenguaje de gestos. No se acercó demasiado para no espantarlas, les habló en el tono que usan los cazadores para tranquilizar a su presa, dijo su necesidad de encontrar compañera. Las dos hermanas se quedaron boquiabiertas; jamás habían visto al joven. Tabay las atajó con su

flecha y las condujo a un sendero hacía tiempo que no se usaba.

K'in regresó, sobre su espalda traía animal muerto. Se enteró del suceso, salió en persecución. Vio en la orilla del río señales de lucha, las plantas quebradas, el suelo pisoteado. Siguió las huellas pero empezó a caer la noche con los misteriosos ruidos nocturnos. Los cientos de aves, los mayores felinos y los minúsculos insectos se unieron al coro iniciado entre la espesura de la selva. K'in regresó con su esposa.

Tabay llevó a las dos hermanas a su choza de palma, en un pequeño descampado para aprovechar el calor y la luz del sol, las convirtió en sus mujeres. No vivía de la siembra, dedicaba la mayor parte de su tiempo a la caza. Pasaba el día echado sobre su hamaca. No platicaba, ni dormía, tampoco se sentía aburrido, sencillamente descansaba. Tenía lo que necesitaba para comer, lo indispensable para no morir. Se internó en el bosque y regresó al poco rato con dos guacamayas ensartadas en su flecha. Hizo fuego frotando un par de piedras. Asó las presas.

—Coman, aquí hay comida —les dijo a las mujeres, sin obtener respuesta.

Las mujeres, distantes y temerosas, miraban con timidez alrededor. El sol se ocultó

tras los árboles, cayó la noche, Tabay hizo lumbre para protegerlas de los mosquitos, había tantos que pareciera que alguien los aventaba.

—Llévanos a nuestra casa, déjanos ahí con nuestra madre —dijo la mayor con voz suplicante al siguiente día.

—¿Adónde irán? Se convertirán comida de animales —contestó Tabay, cuando se oyó a lo lejos el rugido del jaguar.

—Somos como los árboles, los animales, los insectos, reconocerán que somos habitantes de este lugar.

—Así será, pero no pueden moverse de aquí, ¿cómo se llaman?

—Yo me llamo Najk'in, ella es Koj —contestó la mayor, levantando la vista.

—Najk'in y Koj vivirán aquí, les traeré comida todos los días.

Tabay comía carne de saraguato, venado, tepezcuinte, pavo del monte, tucán. Desde niño aprendió a trepar con agilidad los árboles para sacar miel de panal, es capaz de correr sobre las ramas sin perder equilibrio. En su choza no había más que lo esencial para su supervivencia. Cuando lo acechaba algún peligro, simplemente desaparecía.

—¿Por qué no huimos?, como si fuéramos a bañarnos. Aquí no podemos salir a cortar frutas ni ir más allá de donde estamos —dijo un

día Najk'in a su hermana Koj.

—Es cierto, pero nuestro hombre se enojará, irá en busca de nosotras, nos encontrará y nos matará —contestó Koj.

—Vamos, volvamos a nuestra casa. Aquí no es el lugar para nosotras.

Se pusieron a la vereda. Por la prisa que llevaban Koj no se fijó donde puso sus pies, sintió una mordedura. Al volverse vio una serpiente, enrollada sobre sí misma, su picadura no era mortal, pero sí dolorosa. En ese momento apareció Tabay con su arco en la mano.

—¡Qué hacen! —exclamó amenazante —No pueden escapar, ¿a dónde irían?

Las mujeres no respondieron, temblaron de miedo. Tabay cortó un mecate y ligó el tobillo de Koj, las condujo de vuelta a su choza.

—Dime, ¿qué les falta? —preguntó.

—Aquí no es el lugar para nosotras. No tenemos red, trastes, metate ni telar —contestó Najk'in, haciendo el esfuerzo por detener algunas lágrimas.

—De sus cosas no sé nada. Les daré todo lo necesario para no morir de hambre, pero no las dejaré ir.

—Pero ya nos cansamos de comer pura carne asada.

—¿Qué es lo que quieren comer, entonces?

—Queremos comer carne cocida, pero no tenemos olla para cocerla.

—¿Cómo es la olla?

—Es redonda y está echa de barro. Hay chicas y grandes. Vete a una aldea, allí encontrarás ollas de barro hondas. Agarra una y mete tu cabeza, si entra, esa es la olla que te pido.

Tabay llegó a una aldea con chozas pequeñas hechas de paja. No poseían gran cosa, sólo fabricaban objetos para sobrevivir en la selva. Bajo el techo había fogatas encendidas para cocinar alimentos. Tabay se acercó, habló al dueño de una choza, mostró un pavo del monte, necesitaba comer, pero no tenía donde cocerlo, su casa quedaba a un día de camino. Ahí se quedó. Pero llegando la media noche se levantó sigilosamente, agarró una olla de barro, corrió y no descansó hasta llegar a su choza.

Najk'in y Koj se pusieron contentas. Pasaron los días, se aburrieron de comer carne cocida, querían tamales, decidieron huir por segunda ocasión. Pero no disponían de mucho tiempo, debían actuar pronto.

—Terminaré en manos de este hombre —dijo Koj, frotándose el tobillo donde la ligadura le había dejado marcas rojas.

—No hables así, Koj. Es mejor morir tratando de escapar. De algo hay que morirse,

como dijo alguna vez nuestro padre —la consoló, tratando de sonreír.

—¿Crees que se puede escapar de aquí? —replicó Koj.

—Encontraremos el momento de hacerlo.

—No llegaré muy lejos, mira cómo estoy — señalando su tobillo hinchado —no puedo correr como tú. Si voy contigo nos atrapará a las dos. Tú sola puedes lograrlo.

—Estás loca, no puedo irme sin ti.

—Tienes que intentarlo. Consigue ayuda. Andate ahora, antes que sea tarde.

Najk'in respiró hondo y en seguida avanzó entre árboles gigantescos y bejucos que cuelgan de las ramas como serpientes. El mono gruñó fuertemente cuando vio partir a Najk'in. Tabay apareció sin hacer ningún ruido, conocía bien el terreno, sabía dónde ponía cada pie. Silbó y se paró frente a ella.

—Si escapas te buscaré hasta encontrarte, te rebanaré el cuello con la punta del pedernal. Esta es una advertencia para ti —golpeteó su arco.

—No tengo maíz ni metate para moler los granos. Quiero tamales.

—Está bien, hoy en la noche iré a buscarlo, ¿cómo es el metate?

—Es una piedra plana pulida, inclinada hacia delante y ligeramente curva, se sostiene

sobre tres pequeñas patas.

Llegó la noche, Tabay marchó hacia una aldea. Se comunicó en tono armonioso, imitando los sonidos del bosque, la lluvia, los ríos, tal como hablan todos. Se quejó de un dolor de estómago y le dieron de tomar una jícara con *bajche*. Pidió quedarse ahí para pasar la noche. Cuando dormían los miembros de esa familia, Tabay tomó la piedra curva, corrió en la oscuridad.

—No, Tabay, faltó el brazo rollizo con que se muele los granos, es una piedra alargada. Tendrás que ir de nuevo —dijo Najk'in al ver sólo el metate.

Tabay regresó poco antes de amanecer con el brazo del metate. Contentas las dos mujeres, pero no tenían maíz.

—Vete a un sembradío de maíz —dijeron a Tabay —ahí encontrarás plantas de tallo con nudos. Tienen hojas largas y puntiagudas. Sus flores crecen en la punta en forma de espiga. Tienen fruto de maíz, de forma alargada, con gran cantidad de granos alrededor con lo que se preparan muchos alimentos.

Tabay se acercó a una parcela. Desprendió las mazorcas, regresó. Un día no llevó carne ni maíz, sino algo dulce envuelto en hojas de plátano. No sabía para qué servía. Era un trozo de panela, alcanzaba para mucha bebida. Las

mujeres hicieron atole. A Tabay le gustó y se compadeció de ellas.

—Hace tiempo que no saben de sus padres —vino un silencio y luego levantó la voz —Están cerca, tan cerca que pueden ir a verlos. Vamos, yo las llevaré.

Siguieron una vereda cubierta de hojas secas. Los monos araña huían temerosos de ellos. Cruzaron un río en cayuco. Pasaron cerca de una alta y ancha cascada, el agua caía libremente y se estrellaba abajo, formando una nube coronada por un impresionante arco iris. Al cabo de medio día de caminata encontraron una choza en un pequeño claro del bosque.

—Váyanse, pero no se les ocurra quedarse. Caeré sobre ustedes.

—Ya lo oímos, no te dejaremos solo, regresaremos contigo.

El viejo K'in descansaba echado en su hamaca, un intenso zumbido de insectos vibraba en sus oídos. Se levantó sobresaltado al escuchar la voz de sus hijas. Corrió a abrazarlas y sollozó como un crío, las examinó por todos lados. Ellas contaron sus pesares, temblando sus labios. Decidieron no regresar con Tabay. Pero K'in temió una venganza.

—No, no puedo papá. Mátalo —dijo Najk'in.

—No, hija, no quiero matar a mi propio yerno.

—Entonces, ¿nos quieres ver sufrir? Somos sus prisioneras.

El padre bajó la cabeza, guardó silencio a la manera de un hombre cazador, observando a su presa. Pero al escuchar el grito de Tabay se puso alerta como jaguar.

—Se acerca, padre, se acerca. No pedirá explicación, te matará y también llevará a mi madre. Apúrate, papá, tienes que hacer algo.

K'in cogió su arco, el hijo hizo lo mismo. Tabay se acercó con su mono montado en su hombro. K'in disparó su flecha pero Tabay se movió lentamente, lo rozó sin herirlo. Tabay levantó el brazo para disparar el suyo, atinó en la mano de K'in, hiriéndolo levemente.

El hijo devolvió el tiro, una flecha clavó al medio del pecho de Tabay, éste cayó de bruces. Lo sometieron.

—Mátame, mátame —gritó Tabay con el pecho ensangrentado, mientras el mono daba manotazos y chillaba. Una patada del hijo lo lanzó lejos, corrió entre la espesura, antes de perderse selva adentro lanzó un largo chillido.

—Me heriste al robar a mis dos hijas.

—Sí, ahora tu hija Najk'in está a punto de dar a luz. Será un hombre como yo. Le heredo el color de mi piel y de mis ojos. Algún día

sabrá que tú me mataste, él decidirá vengarse. Para que no sufras lo matarás al conocer la luz del día. Solamente así podrás vivir en paz.

Tabay no dio muestras de dolor, dejó de respirar, murió. Tomaron el cuerpo y lo echaron al río justo cuando un zopilote rey, aprovechando las corrientes de aire caliente, se elevaba sin batir las alas.

Nació el hijo de Tabay cinco meses después. K'in preparó una ceremonia. Comenzó por la tarde y duró toda la noche. Cantó, bailó y tomó *bajche* para cumplir con el rito de purificación de su nieto. Najk'in, madre del pequeño, adornó con orquídeas y plumas sus orejas, danzó inspirada en los movimientos de los animales de la selva. K'in golpeó la tierra con sus pies, fumando su puro de hoja de tabaco. Gritó el nombre de Tabay para que nadie volviera a pronunciarlo jamás, así acabaría con la maldición.

La mujer de pelos rubios

—No hay hembras; recorrerás largos caminos para buscar esposa. Viajarás por la selva, seguirás los pasos de otros por la misma razón. Ahí encontrarás tu mujer. No está lejos, caminando aprisa llegarías en dos o tres días —me dijo mi madre con voz triste.

Me hice hombre, llegó mi turno de conseguir compañera, pero no había mujeres. Preparé tabacos para mi posible suegro con la esperanza de conseguir su consentimiento. No tuve éxito como deseaba. El anhelo de conseguir esposa ocupaba mis sueños, quedar soltero es el peor desprestigio para un hombre.

—Deseo una mujer para mí —insistí a mi padre.

La costumbre señala que el único matrimonio bueno y aceptable es el que conciertan los padres, una palabra de aprobación vale cualquier esfuerzo.

—Encontrarás tu mujer, ya verás —contestó mi padre.

Antes de los primeros rayos del sol visitamos a Chambor Yuk, un vecino que tenía una hija. Pero no entendió mi necesidad de compañera, rechazó los regalos del pedimento. Mis padres no se dieron por vencidos, fueron una y otra vez. Pero pareciera que la maldición

de los dioses de la selva había caído en nosotros.

—Tienes una hija, la he visto en el camino —dijo mi padre.

—No es cierto, hablo con la verdad —contestó encolerizado Chambor Yuk.

—No estás hablando con la verdad.

—Ya dije, no tengo hija. Si tu quieres a mi hijo, ahí está, háblale.

—No, no quiero hombre, quiero mujer para mi hijo.

—Entonces, regresa a tu casa.

Canté y ofrecí ofrendas a mi dios *Jachikyum*, pero no me otorgó su poder humanitario. Un día enfermó mi padre. Nunca lo oí quejarse de sus dolores. Aguantó el tormento de su enfermedad con raíces y hojas. Se acostó para morir. Perdí la esperanza de encontrar compañera.

Cierta ocasión me alejé siguiendo las huellas de un venado, llegué a una laguna. Fatigado, me eché a descansar. Vi pedazos de barro junto a un tronco caído en el agua, había ramas rotas y en algunas partes arbustos aplastados, como si alguien llegara a bañarse ahí. Pensé que otras familias *Jachwinik'ob* podían tener hijas.

—Es tu oportunidad, hijo —contestó mi madre al relatárselo.

—¿Qué debo hacer? ¿Cómo sabré quienes se bañan ahí?

—Irás a tantearlo, hijo, te fijarás a qué hora llegan a bañarse.

Temprano al otro día me dirigí a la laguna. Observé en todas partes, no había ninguna señal de vida, sólo se escuchaba el bullicio de las cigarras. Cerca de medio día vi volar zopilotes. Angustiado, regresé a mi casa.

—¿Viste zopilotes? —dijo sorprendida mi madre al contárselo, llevando la mano a la cabeza, como queriendo recordar algo. —Ya sé, hijo, son seres de arriba, viven atrás de las nubes. Cuando se quitan las plumas se vuelven humanos.

—¿Qué hago para conocerlos?

—Irás de nuevo mañana. Espéralos, procura que no te vean. Verás que junto al árbol caído se quitarán sus plumas y se meterán al agua.

La luz del nuevo día abrió mis ojos, me dirigí a la laguna pensando cómo será la gente de arriba. Cerca de medio día vi a alguien del otro lado de la laguna: dos mujeres altas, preciosas, de cuerpos blancos y pelos rubios. No supe qué hacer. Regresé a mi casa tan de prisa como pude.

—Son dos mujeres, mamá. Sus cuerpos son tan blancos como la bruma de cada

mañana, con unos pechos levantados como chilacayotes. Las vi bañándose en la laguna, desnudas, casi divinas.

—Tengo razón, son seres humanos, ¡ráptalas para que sean tus esposas!

No esperé, despuntando el sol caminé a la laguna. Antes del mediodía aparecieron las dos zopilotas. Quitaron sus plumas y se metieron al agua. Me acerqué cuidadosamente como un tigre y me zambullí en el agua, pescándolas fuertemente por los pies. Traté de jalarlas hacia tierra firme, pero el peso de las dos era demasiado para mí. Se defendieron, patalearon en el agua. Las cabezas se hundían y volvían a salir, el alboroto movió la tierra del fondo, tornó el agua turbia y espesa. Solté a una, salió del agua, se puso su ropa, escapó, mientras quedé forcejando con la otra.

—¡Pájaros, pájaros!, escondan la ropa de esta mujer, por favor, la quiero para mi esposa —grité a las aves.

Un codorniz de color como las hojas secas corrió, con su pico arrastró las plumas. Cansados, salimos a la orilla. La zopilota trató de apartarse, no pudo volar. Nunca había visto una mujer tan blanca, de piernas largas, vientre plano, cuello estirado y nalgas altas y redondas. La miré atontado. La toqué con mis dedos para sentir su color de espumante furia de los ríos.

La puse sobre mi hombro y me interné con ella a la sombra de la selva como dos espíritus solitarios. El cuerpo de la zopilota se balanceaba. Fue un trecho largo y cansado hasta que me detuve a la orilla de mi milpa. Grité a mi madre para que saliera con una túnica.

—¿Qué has hecho, hijo mío? —me preguntó.

—Aquí traigo a tu nuera, mamá, está bonita.

Ella se sorprendió al verla. La vistió y la llevó a mi choza entre las altas cañas de las milpas moviéndose a la cadencia del viento, sentándola en un banco. Se agachó y se encogió como si temiera ocupar demasiado lugar. Me puse en cuclillas, parecía encogerse más aún, tapándose la cara con las manos.

—Por qué te avergüenzas, mujer, soy Pakal, no tengo esposa —le dije suavemente. —Tú no tienes nombre, te llamaré Nichim. Sí, te llamarás Nichim. ¿Sabes lo que significas para mí? Tú me acompañarás hasta la muerte, así nunca estaré solo. Contigo acabaré mi tristeza, me darás felicidad, como las flores del bosque. Un día decidí tener mujer, busqué por todas partes, hasta que di contigo, no puedes imaginarte cuanto te desco. ¿Tienes hambre?

Abrió sus ojos azules, miró largamente

pero no respondió, como si hubiera perdido el habla. Acaricié con prudencia su pelo rubio, pero no hizo ningún gesto de alegría. Al día siguiente comió un pedazo de carne asada, apenas lo suficiente para no morir de hambre. Pero su presencia levantó curiosidad entre las familias. Se produjo una gritería, acudió mi mamá a ver que sucedía. Mujeres, jóvenes y niños formaban una masa a la orilla de mi milpa.

—Queremos conocer a tu nuera, ¿dónde la pediste? —exigieron en coro.

—No tengo nuera.

—No es cierto, ya supimos que tu hijo tiene una mujer rubia.

—No escondo a ninguna mujer.

Mi madre no quiso dar más explicaciones, dio media vuelta y entró a la choza. Pero nadie se movió de ahí, a la fuerza querían conocer a mi mujer. Se incomodó mi mamá, salió a regañarlos al siguiente día, recordándoles que nadie se apiadó de mí. Uno por uno fueron regresando a su choza. Nichim permaneció callada, no sabía cómo decir lo que llevaba en la mente. Una mañana la vi comer carne descompuesta. Quedé asombrado, no le dije nada. Pasaron los días, Nichim perdió la vergüenza, empezó a comer seguido. Una ocasión se agusanó un pedazo de carne, habló por primera vez.

—Me gusta la carne con chile —me dijo.

—¿Cuál chile? —pregunté confundido.

—¡Mira! —señalando los gusanos —con esos chiles sabe bien el venado.

Le pedí a mi madre que tuviera cuidado con la comida. ¿Dónde encontraré mujer otra vez si ella decide irse? Por fin se acostumbró a comer como nosotros. Mi madre le enseñó a moler el maíz y hacer las tortillas. La bañó con flores machacadas para quitarle los malos recuerdos. Perforó los lóbulos de sus orejas para ponerle aretes, la peinó en trenzas. Compartió el trabajo con ella, recogió frutas de la selva y se bañó en el río en las horas del calor. Comió plátano y camote para calmar el hambre. Se llenó de gusto.

—Soy del norte, donde viven las muchachas más delicadas y bonitas. La que dejaste escapar es mi hermana. Si quieres conocerla mata un chango, deja que se pudra atrás de la casa, vendrá a comerlo —me dijo.

Fui de cacería, maté un saraguato y lo tiré atrás de la casa, después de dos días vi zopilotes volando bajo.

—Es mi familia, vienen a comer el animal —dijo Nichim.

Los pajarracos rodearon al saraguato, picoteando su carne descompuesta. Nichim me señaló a su hermana que dejé escapar.

—Creo que es una mujer bonita como tú —le comenté.

—Sí. Camina con dignidad sin su ropa de plumas. Y por cierto, ¿dónde está la mía? Ándale, dámela, no quiero que se eche a perder.

—No sé nada de tu ropa, preguntaré con mi mamá.

—Pídela, necesito ver cómo está.

Mi madre no quiso entregármela, temió que su nuera escapara volando. Entendí su razón pero Nichim se puso firme por su vestidura, se contentó hasta que la tomó en su manos, la desenvolvió y se enojó al verla arrugada.

—¿Quieres verme como una zopilota? —preguntó.

—No, no quiero, capaz que te irás —le contesté.

—No, no me iré, sólo voy a enseñarte cómo me veo con mis plumas.

—¿Me prometes que no quieres irte?

—Sí, te lo prometo. No soy capaz de dejarte solo, siempre estaré contigo.

Quitó su túnica, puso su ropa de plumas. Desplegó las alas y se elevó por el techo de mi choza. Tardó un buen rato arreglando sus plumas con su pico. Después voló y voló más alto. Desapareció de mi vista. Sentí tristeza. Mi madre me regañó por entregarle su ropa. Miré al cielo, por si aparecía. Pasó un buen rato,

escuché un zumbido, como si alguien viniera desde arriba. Levanté la vista, vi bajar una zopilota con las alas pegadas a las costillas, se posó sobre el techo de la choza. Nichim se quitó sus plumas y se puso su túnica.

—Tardé porque visité a mis familiares. Todos están bien. Si tu quieres conocerlos busca algodón, tejeré tu ropa de plumas —propuso.

Nichim tejió mi ropa de plumas, aunque tardó en hacerlo, quedó bonita. Me la puse primero, me posé sobre mi choza, luego volé.

—Con esa ropa te ves zopilote.

—No, soy Pakal. ¡Mira cómo vuelo! Puedo así visitar a tus padres.

—Está bien, pero debes saber una cosa. Mi mamá te preguntará si tienes espinas en tus pies, tú le dirás que no.

—Está bien, le diré que no tengo nada.

Nichim se puso su ropa, nos veíamos verdaderamente como zopilotes, graznamos. Volamos, nuestra choza, la milpa y la laguna se hacían pequeñas, la selva es una mancha verde abajo, soplaban un viento que nos impulsaba hacia arriba. Al final llegamos a una ciudad atrás de las nubes y nos dirigimos a una casa grande, bien hecha. Nichim tocó la puerta, apareció un hombre con un cigarro apretado entre los dientes y una señora de largos cabellos rubios, no tenían puestas sus ropas de plumas.

Nomás la vieron, se estrecharon en un fuerte abrazo. Nos invitaron a pasar y nos sentamos en un banco de cuatro patas y duro respaldo. Platicamos alegremente.

—Yo crecí bajo los árboles, sin ver el sol. Cuando caía un árbol enfermo y herido, quedaba un hueco en el bosque, entonces veía el ojo del azul cielo. Mi padre, hombre macizo y fuerte, me enseñó lo que debe saber un hombre de la selva para sobrevivir con su arco y flecha. Mi choza solo tiene un techo redondo para desviar el viento y la lluvia. En algunas ocasiones hablaban de extranjeros, no lo creía, pensé que sólo eran cuentos para reír —comenté.

—Aquí vivimos en mansiones, pero cada vez hay menos espacio. Suelto mis perros de noche para cuidar mi propiedad. Nosotros tenemos pájaros de ruido y viento, podemos volar por encima de las montañas. Creo que tienes hambre. Nichim, prepara comida para mi yerno —ordenó mi suegra.

Nichim no desatendió las palabras de su mamá.

Quedé platicando con mi suegra. Carcajeaba de gusto.

—Yerno, ¿tienes espinas en tus pies? —me preguntó.

—Sí, siento un dolor de espina aquí —mostrándole la planta de mi pie.

—Ahorita voy a sacarla.

Tomó mi pie, lo puso sobre sus rodillas, hasta que Nichim apareció.

—¡Mamá, qué estás haciendo! Por qué comes la carne del pie de tu yerno —dijo furiosamente, molesta.

Soltó mi pie, le dio vergüenza. Se levantó y se encerró en otro cuarto.

—Desobedeciste mis palabras, ahora sentirás el dolor por mucho tiempo.

No contesté, sentí pena.

—Apúrate, la última luz del día está por apagarse, volvamos a tu tierra.

Nichim me tomó de la mano, pero no pude caminar por el dolor de mi pie.

—¡Vuela, vamos! No hay tiempo que perder —volamos para descender, bajamos muy rápido, ya en la choza me reclamó:

—Te lo dije, sabía que mi mamá te iba a preguntar eso.

Se acercó a mí, me abrazó. Así permaneció un buen rato, después se apartó un poco con mis manos agarradas.

—Hace tiempo pensé que el gusano de la carne descompuesta era chile, le daba más sabor, ahora me da asco, siento un olor podrido.

Tres años después nació nuestro primer hijo, ojos azules, cabellos rubios, color de

extranjero. Somos felices; nos amamos en las sonoras cascadas de la selva, sin que nadie pueda separarnos. Nichim nunca más visitó a su familia; yo soy un desobediente y capaz que diga que tengo espina en mi espalda y mi suegra me comería vivo.

La derrota de Bonampak

Mech, hombre tranquilo, conoce los misterios de la selva. Una tarde de cacería se encontró con Yumk'ax, viejo sabio, intérprete de la carga de los años. Con sus manos temblorosas abrió un libro doblado de papel de corteza. Leyó una página, siguiendo lentamente con su dedo los signos pintados.

—Prepara doce jóvenes, los mejores hijos de los jachwinik'ob —ordenó.

—¿Para qué los quieres? —preguntó Mech, pasándose la mano por la cara, como si temiera algo.

—Once ahau y un katun es el día que morirá la palabra y el poder del Señor de Bonampak, el de las paredes pintadas. Su cuello de jaguar será alcanzado por una víbora ponzoñosa, una punta de flecha atinará en su corazón. Vendrán guerreros Itzaes y se adueñarán de todo, se llevarán las mujeres casaderas.

—¿Cuándo sucederá eso? —preguntó Mech con las manos temblorosas.

—Está cerca, muy cerca. Que esos jóvenes sepan poner la punta de pedernal en la flecha, enséñales a tensar la cuerda del arco, pues de otro modo, morirán. Arriesga tu vida por tu libertad, así no serás esclavo hasta el final de tus días.

—¿Qué debo hacer, mi señor Yumk'ax?
—postrándose sobre los pies, con los ojos llorosos.

—Llevas con dignidad la sangre de los dioses que poblaron con anterioridad este lugar, fundadores de nuestro linaje. ¡Lucha! Demuestra tu nobleza. Una derrota deshonra para siempre.

Mech regresó a su casa, triste, sin ganas de hablar.

—¿Por qué no traes comida?, tus hijos morirán de hambre —dijo la mujer con cara de enojo. Por primera vez regresaba con las manos vacías.

—Yumk'ax me pidió ofrecer mi vida. Vendrán guerreros, tomarán la casa de nuestros dioses, robarán nuestras cosas y arrebatarán a las mujeres.

El enojo de la mujer murió al escuchar aquellas palabras, abrió la boca y la mantuvo abierta durante un rato. Tragó saliva, un sollozo estuvo a punto de escuchar. Vinieron a su memoria hombres espantosos, conduciendo a un grupo de mujeres infelices a una aldea de donde no se vuelve.

—No, no pienso terminar en manos de esos hombres, prefiero morir —le dijo a su esposo al momento que brotaron gruesas lágrimas. Sintió más el calor de la selva. Un

pájaro carpintero picoteaba el tronco de un árbol alto y frondoso.

—Entonces, reza por mí, para que alcance la victoria y pueda volver pronto.

—¿Cuándo debes irte? —preguntó sollozando.

—Pronto, muy pronto.

Mech se acostó en su hamaca, durmió. Despertó sobresaltado, como si alguien lo hubiera sacudido. No era su costumbre despertar así. Soñó que un jaguar echado sobre una rama, con sus dientes y garras rasgaba su espalda, lo angustió todo el día. Recorrió su aldea, habló con los hombres, pero una avalancha de carcajadas a su alrededor le decían que estaba loco.

—Nuestro guía Yumk'ax augura batalla sangrienta. Los guerreros Itzaes vendrán con sus flechas, quitarán las cosas valiosas y se apoderarán de la casa de nuestro dios. Habrá sufrimiento, vendrá la miseria. La palabra de los saqueadores nos humillará y nos empequeñecerá. Tristeza habrá entonces.

Al oír esto los corazones de los viejos se llenaron de temor. Hubo silencio, ningún ruido se escuchó ni un soplo de viento. Con melancolía se ofrecieron para luchar, pero Yumk'ax no quería viejos, sino jóvenes.

Escogieron a los doce mejores hijos, se

prepararon para la guerra. Mech buscó a Yumk'ax, lo encontró en la penumbra de la selva.

—Mech, ¿ya preparaste a los jóvenes? —preguntó Yumk'ax.

—Los guerreros están decididos y ansiosos de enfrentarse con los enemigos. ¿Cuándo será la batalla?

—No tardará más lunas. Los Itzaes inician su viaje hacia acá. Te avisaré cuando llegue el día. Tú y tus guerreros se concentrarán en Bonampak.

Mech regresó a su casa. Después de una semana habló con Yumk'ax.

—Sólo faltan tres días, los Itzaes se acercan. La batalla dará comienzo en una madrugada y al medio día el cielo y el sol se pintarán de rojo como la sangre que corre en tus venas.

—Estoy preparado, mi señor Yumk'ax. Mañana emprenderé el viaje —dijo con las manos colocadas palma con palma.

Mech habló con un suspiro a su mujer las palabras de Yumk'ax.

—Partiré mañana, de otro modo, llegaré tarde para ayudar al Señor de Bonampak.

—Yo iré contigo, yo te seguiré —contestó ella.

—Si fuera posible, sería yo tan feliz. Tú no

puedes acompañarme. Tengo que dejarte, la desgracia ha caído sobre la casa de nuestros dioses.

—Dijiste que por nada me dejarías, así hablaste con mis padres.

—Yo podré liberar Bonampak, pero nunca podré liberarte de los peligros que afrontarías estando conmigo, pues quedarías en manos de los guerreros enloquecidos por falta de mujeres en sus aldeas.

La mujer de Mech quedó sin respuesta. Nació temor en su mente hacia los guerreros provistos de lanzas y flechas para doblegar a sus víctimas. Su esposo tenía razón, abandonó el deseo de acompañarlo.

—Te esperaré. Estarás en mí hasta que regreses —dijo con los ojos brillantes de lágrimas.

Los gritos de los monos en las copas de los árboles anunciaron el nuevo día. Mech y sus doce guerreros recogieron sus lanzas, sus arcos y sus flechas, se dirigieron al campo de batalla. Pasaron la primera noche en plena selva. Muy entusiasmados jugaban entre ellos, preparándose para el placer de una victoria. Mech debía detenerse de vez en cuando para calmarlos. Casi al ocultarse el sol se presentaron con el Señor de Bonampak, vestido con piel de jaguar, sombrero de plumas

verdes de quetzal, con su bastón de mando, condecorador de la guerra, valeroso y ganador de muchas batallas.

—Vivimos aquí y seguiremos viviendo aquí —dijo.

—Estaremos en calma, ellos tienen miedo de nosotros —contestó Mech.

El señor de Bonampak ordenó a los guerreros dividiéndose en grupos. Primero los arqueros, después los lanceros, por último los que manejaban hondas. Entró la noche, una enorme luna llena, amarilla, surgió en el horizonte, grande y radiante, permitió ver con claridad. Mech se levantó y preguntó a sus guerreros:

—¿En qué piensan?

—Pienso en la grandeza de la diosa madre —contestó uno.

—¡Mira! que divinidad tan linda. Nos saluda desde las alturas, anuncia la grandeza de nuestro dios Kukulcán.

Esperaron toda la noche, dándole poco tiempo al sueño. Al amanecer, la selva se despertó por el sonido de un caracol de concha, los Itzaes anunciaron el inicio de la guerra. El Señor de Bonampak ordenó a sus guerreros lanzarse contra ellos.

La batalla inició vertiginosamente, comenzaron las caídas de flechas y piedras,

parecía que descendían del cielo. Los combatientes corrían de un lado a otro. Se escucharon alaridos y gritos espantosos por todas partes. En los caminos habían arcos y flechas rotas, pelos esparcidos. Las casas ardían, no se respiraba bien por el humo. De un lado y del otro había muertos, la gente de Mech combatió bien, recibió poco daño. Pero los Itzaes habían inventado otro modo de guerra, que era cobarde y nuevo para los Jachwinik'ob: llevaron avispas ruidosas y enojonas. Fue lo peor de todo. Los guerreros de Bonampak se adiestraron para luchar en el campo, para enfrentarse cara a cara, pero no habían inventado brebajes contra la picadura de abejas. Así, uno de los doce guerreros de Mech cayó al suelo, trató de rodar, pero recibió un flechazo en la cara, se puso trabajosamente en pie, vio al cielo y gritó:

—Clavaron una flecha en el rostro del sol; oscurece, se apaga su luz. Ha muerto nuestro dios —soltó su arco, cayó muerto.

El cielo comenzó a nublarse, la flecha enemiga atacó el pecho de los Jachwiniko'b, no pudieron esquivarla como buenos guerreros, se estropeaban unos con otros. Algunos huyeron despavoridamente, cada quien tomó su camino, nadie se acordó de cerrar los ojos de sus muertos. Los Itzaes se apoderaron del Señor de

Bonampak, lo condujeron a una casa donde había otras personas con las manos amarradas a la espalda, vigilados por guerreros que paseaban apuntalándoles con sus lanzas, la sangre corría por hilos en su cuerpo. Ahí lo retuvieron, después lo llevaron a las alturas de la casa sagrada, junto a los cuartos cubiertos de pintura, humillado antes de ser sacrificado. Su corazón sirvió de alimento para los dioses. El hedor de la matanza quedó flotando en el aire.

Mech huyó antes que lo mataran, sin creer lo sucedido porque hasta el día anterior estaba convencido que en Bonampak nunca pasaría nada; los Jachwiniko'b eran respetados.

—¿Y tus guerreros? —preguntó su esposa.

—Perdimos la batalla. Uno de ellos se asustó con facilidad.

—¿Qué pasará con nosotros? —preguntó con los ojos abiertos.

—Esperaremos los días venideros.

Mech trató de organizar a otros guerreros, nadie quiso pelear; luego fue de cacería, encontró a Yumk'ax.

—Reconquistemos Bonampak, Mech. Aplastemos a las serpientes y acabemos con las comadreas de los caminos.

—Los jóvenes no quieren guerra, temen a la muerte.

—Si es así la vida ha terminado. Ahora

Del autor:

Oxchuc, el ombligo del mundo, tierra de los hombres de maíz, de los hombres originarios, enclavado en los altos de Chiapas, su rostro vivo y eterno está en el rostro de **Tsajal Chij K'ana Expin**, el propio y genuino patronímico del autor, el que ha heredado del grande y glorioso Manuel K'ana e Ignacia Expin, sus padres; **Josías López Gómez**, su nombre castellano, reconocido oficialmente. Busca sin tregua ocupar el sitio del *Ilol*, del *jtamwanej* milenario *bats'il winik*; aspira a ser el curador de las letras tseltales, guardián de los papeles, y así recobrar la libertad del pensamiento de sus pueblos a través de la literatura. Es lo que se propone. Cursó la carrera de Lingüística Indoamericana en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), en México, Distrito Federal. Autor del cuento: **El ladrón de palabras**, publicado por el Espacio Cultural Jaime Sabines. Becario por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001–2002, para escritores en lenguas indígenas. Esta obra: **La aurora lacandona** es producto de esa beca. Ganador del concurso anual de ensayo organizado por el Centro Estatal de Lenguas, Artes y Literatura Indígena, versión 2001, con el trabajo: Lengua y

Educación. Ha participado en diversos encuentros de escritores indígenas estatal y nacional. Tradujo al tseltal el Pow Wuj o Popol Vuh. Colaboró en la traducción al tseltal de **Los Acuerdos de San Andrés**, publicado por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, en 2003. Fue asesor lingüístico de las lenguas tseltal, tsotsil, ch'ol, tojolabal y zoque en el Proyecto de Elaboración de Gramáticas y Diccionarios de las Lenguas Indígenas de Chiapas, de la Dirección de Educación Indígena. Ha publicado varios artículos en la revista *Nuestra Sabiduría*, edición multilingüe. Cofundador y miembro activo de la Unidad de Escritores Mayas-Zoque. Actualmente es profesor bilingüe en la zona escolar 154, El Bebedero, Sabanilla, Chiapas.

empieza la sobrevivencia. Huyan, echen a su espalda a los niños, aten los animales y corran como ratones y no como buenos guerreros; ocúltense entre las sombras de los árboles. Los hombres que tomaron por asalto Bonampak se adueñarán de todo, esclavos vivirán.

Mech regresó a su casa, confundido y avergonzado, con deseos de llorar. El dolor de la partida será terrible como mordedura de nauyaca.

—¡Huyan, huyan! No se detengan hasta encontrar un lugar seguro, ya aquí no hay nada qué hacer —le dijo a su gente.

Los Jachwiniko'b comprendieron que no podían vencer al enemigo, tumbaron sus casas, tiraron sus escasas pertenencias, desaparecieron tal como hacían siempre ante un peligro, para comenzar de nuevo en otra parte. Mech corrió con su mujer por donde se oculta el sol, después de cinco días de camino se estableció en un lugar donde creyó que nadie lo buscaría. Luego fue a cazar para seguir viviendo. Así los Jachwinik'ob vivieron en lo profundo de la selva. Muchos años después otros invasores les llamarían lacandones.

Sakubel k'inal jachwinik La aurora lacandona

Se terminó de imprimir en abril de 2005.
Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C.
Pedro Moreno N° 7 Barrio Santa Lucía
San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Mexico
Tipo de letra Familia Garamon 13,14 y 20
1000 ejemplares.

unemaz@yahoo.com.mx

Smile

Un disparo de arco hace volar, rauda y certera, una flecha;
ese filo no cortará la carne, nadie caerá muerto ni herido,
y la punta de esa flecha no está contaminada de veneno: por
el contrario, elixir contiene para rehacer la vida: por medio
de la palabra hablada, luego escrita, pensada, recreada por
Josías López K'ana, tseltal de Oxchuc, descubridor de más
secretos ahí donde los hombres de la selva guardan con celo
el canto diario de su historia.

José Antonio Reyes Matamoros



Unidad de Escritores
Mayas Zoques, A.C.



COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Ediciones El Animal
Espacio Cultural Jaime Sabines